

ilustres; como ministro constitucional alarmaba las conciencias absolutas, y como consejero del 5 de setiembre y de las promociones revolucionarias que habian suplantado á la mayoría de los pares, infundia tambien recelo á los realistas imparciales sobre la suerte de la monarquía.

Sucedia esto algunos meses antes del asesinato del duque de Berry, y la muerte de este príncipe no habia venido á dar todavía al clamor general el motivo ó pretexto que debía arrancar al favorito del corazón del rey. Era, pues, preciso insinuarse para desarraigar de él el poder del ministro y sustituirlo con otro ascendiente. Faltaba el instrumento á este vago designio, y este instrumento no podía ser otro mas que una muger; la naturaleza la habia creado en Mad. de Cayla. Buscábanla, y la amistad proporcionó su descubrimiento á Mr. de La Rochefoucauld.

XXIV.

Hacia algunos años que trataba á aquella muger, profesándola una especie de culto, y como era amiga íntima de su esposa, habia podido apreciar en la intimidad de su familia, su hermosura, sus desgracias y su irresistible atractivo. Una correspondencia diaria mantenía entre ellos cierta comunidad de sentimientos y de ideas que se caracterizaba en sus cartas por las espresiones de hermano y hermana. Las cartas de Mad. de Cayla, tiernas y piadosas á la vez, como confianzas de muger, probaban, sin embargo, por algunas ideas sobre las cosas de la época una madurez de juicio y una fuerza de reflexión, que no habrían admirado en una Sevigné, ni en una princesa de los Ursinos. Esas cartas, cuya mayor parte han sido despues publicadas, dieron sin duda á Mr. de La Rochefoucauld ó á sus amigos la primera idea

del plan de seducción que se trataba de presentar á los ojos, é insinuar en el ánimo y en el corazón del rey. «Aquel Asuero necesitaba una Esther,» segun la feliz espresion de la misma Mad. de Cayla, aludiendo al papel que querian confiarle.

Fuera de eso lo que quiera; que el pensamiento de aquella combinacion hubiese nacido solamente en el corazón del jóven amigo de aquella muger seductora, ó que hubiese nacido en él sin saberlo, de acuerdo con las opiniones y los proyectos que en torno suyo se agitaban, el vizconde de La Rochefoucauld resolvió hacer una *Esther* de la muger que mas admiraba en el mundo, y apoderarse por medio de ella del corazón de Luis XVIII en provecho de sus opiniones, de la monarquía y de la religion. Concebido este plan, solo faltaba hacer que consintiese en él y lo auxiliara la que debía ser su instrumento ó su victima, porque el papel de favorita, sino envolvia crimen, tenia á lo menos sus peligros en la corte y sus siniestras interpretaciones en la opinion pública.

XXV.

Gracias á la familiaridad que se habia establecido entre aquella muger y Mr. de La Rochefoucauld la encontró éste una tarde del precedente otoño en el salón del anciano príncipe de Condé en el palacio Borbon, y llevándola á una de las calles mas desviadas del jardín de aquel palacio, por cuyo pie pasaba entonces el Sena, tomó el acento misterioso de una confianza y le pidió la mas profunda atencion á lo que iba á decir. La jóven le escuchó sin interrumpirle. «La monarquía y la religion que amais con todo el fervor de vuestra familia, le dijo, vacilan y están á punto de caer en otra revolucion. El primer ministro, sea ciegamente, por popularidad ó am-

bición empuja á la monarquía á concesiones fatales que la entregan desarmada á sus enemigos. Los realistas son declarados enemigos públicos bajo el cetro de un rey á quien defienden á pesar suyo. En tanto que la imprevisión ó la presuncion de un hombre demasiado querido al corazon del monarca agita á los partidos fuera, su insolente fortuna siembra la desunion, los recelos, la desconfianza y hasta las conjuraciones en el palacio. Con esas divisiones la familia real se debilita ante el enemigo comun. Marchamos á los abismos, ninguna mano puede arrancar al rey la venda que le ciega, escepto la de una muger, bastante suave para no ofuscar su amor propio abriéndole los ojos. Ese príncipe necesita amar á las personas á quienes permite aconsejarle. La mitad de su corazon pertenece á la política. Mad. de Balbi, Mr. Davary y Mr. de Blacas antes, y hoy Mr. Decazes son las pruebas vivas aun de esta disposicion de su carácter. Es preciso agradarle para tener derecho de influir sobre su corazon. Mugeres ilustres, con su crédito útil ó funesto sobre el ánimo de nuestros reyes, han perdido ó salvado alternativamente la monarquía en Francia y en España. Tambien hoy de una muger sola puede venir la salvacion de la religion y de la monarquía. La naturaleza, el nacimiento, la educacion y hasta la desgracia parecen haberlos designado para este papel. ¿Quereis ser la salvacion de los príncipes, la amiga del rey, la Esther de los realistas, la Maintenon firme é irreprochable de una corte que se pierde y que una muger sola puede reconciliar y salvar? Pedid al rey una audiencia so pretexto de implorar su proteccion, de la que necesitais para vos y para vuestros hijos; mostradle, como por un encuentro fortuito, esos tesoros de gracias y de talento que la naturaleza os ha prodigado, no para la oscuridad del retiro donde los encerrais, sino para la publicidad de las conversaciones de un rey apreciador apasionado de los dones del alma; seducidle desde vuestras primeras palabras, procurad

que al separaros de él, le dejeis el pesar de vuestra ausencia y el deseo de volver á veros; volved cuando os llame; haced renacer, como por la necesidad de vuestros asuntos, las ocasiones de nuevas entrevistas; escuchad sus confianzas; dejad escapar tímidos consejos; insinuad por medio del afecto en su corazon y con vuestra razon elevada en su espíritu; haceros necesaria á la expansion y al descanso de esa alma dolorida, abrumada con los cuidados del trono, y cuando vuestro desapercibido imperio esté fundado en su adhesion por el hábito y la costumbre, emplead poco á poco ese imperio en separar de su consejo al favorito que le tiene fascinado, en reconciliar al rey con su hermano y con los príncipes, y hacerles adoptar de comun acuerdo, en la persona de Mr. de Villele y de sus amigos, un ministerio, realista y constitucional á la vez, que asiente el trono sobre la base monárquica y que evite las próximas catástrofes que amenazan á la Francia.»

XXVI.

Estas fueron las palabras del jóven negociador del partido que se formaba ya en la Cámara entre los realistas exaltados y los de la antecámara del conde de Artois contra los liberales del partido de Mr. Decazes; empero aquella tentativa sobre el amor propio y la ambicion de una muger entonces modesta é inlimada y casi ofendida de proposicion tan estraña, se estrelló á la primera palabra contra su modestia y contra la delicadeza de semejante papel: «¡Cómo! respondió en tono de asombro y de reconvencion á su amigo, ¿tan poco me conoceis que tratais de deslumbrarme con las perspectivas de imperio y dominacion en la corte? ¿Os he dado jamás derecho para confundirme, á mí, humilde, retirada en mi oscuri-

dad y en mi desgracia, antipática á los manejos é intrigas cortesanias, con esas mugeres atrevidas, ambiciosas ó disimuladas que se sirven de sus vicios ó de sus virtudes para seducir ó gobernar el corazon de los reyes? Creedme, ese papel es tan opuesto á mi carácter como á mi situación, y si queréis que sigamos siendo amigos, no volvais á hablarme de semejante cosa, y aun olvidaré de que me habeis comprendido muy poco, cuando os habeis atrevido á hablarme en esos términos.»

Habia tanta y tan irrevocable resolucion de alma en el acento con que fueron pronunciadas estas palabras, que el negociador no insistió mas y pensó tomar un rodeo para llegar por otro camino al éxito de la combinacion de su partido.

XXVII.

Los peligros y las desgracias de Mad. de Cayla á consecuencia de su rompimiento con su marido que le disputaba su fortuna y le reclamaba sus hijos, eran tan inminentes que sus amigos y la misma necesidad le aconsejaban apelar á la proteccion del rey. El vizconde de La Rochefoucauld, que afectó haber olvidado sus proyectos quiméricos, con tan enérgica repugnancia rechazados, volvió á tomar para con su amiga el tono del interés mas verdadero y mas natural hácia su dolorosa situación. La estimuló á solicitar una audiencia del rey y á echarse á sus pies para pedirle asilo en su justicia, bien seguro de que las lágrimas, la elocuencia y el talento de la suplicante harian su efecto, á pesar suyo, en los ojos y en el ánimo del monarca, y que otorgando el favor, sentiria el atractivo. Sea que la reflexion hubiese templado la primera repugnancia que una idea lanzada de improviso en su imaginacion le habia inspirado, y que el pen-

samiento, á fuerza de reproducirse en su cabeza, hubiese tomado cuerpo en su alma, sea que el temor de que le arrancasen sus hijos dominase su timidez y su reserva, sea, en fin, que los papeles secretos que conservaba de su padre, segun se decia, le pareciesen prenda segura de agradecimiento y favor que podria ofrecer á Luis XVIII, lo cierto es que se decidió á pedir la audiencia y se presentó al rey.

Verificó su presentacion armada de lo que mas embellece á la muger á los ojos de un príncipe, la timidez, la súplica y las lágrimas. El rey, mas que deslumbrado, quedó verdaderamente prendado de la hermosura de Mad. de Cayla. Tendiéndole afectuosamente la mano, hizo que se levantase y se sentara, le preguntó con interés por su padre y sus hijos y la habló de sus desgracias; gustó los encantos de su conversacion tanto como los de su rostro, y despues de haberle otorgado mas de lo que ella se atrevia á pedir, la despidió lo mas tarde posible, encargándola que volviese á verle en dias fijos y diciéndole que su gabinete estaria abierto para ella cuantas veces tuviera que manifestarle algun deseo.

El plan de seduccion concebido por la política habia sido consumado desde el primer golpe de vista por la naturaleza. Nadie se engaña jamás al contar con el poder de la belleza y con la seduccion que esta ejerce á los ojos de un rey. El sentimiento de Luis XVIII para aquella muger encantadora tuvo desde los primeros dias el carácter de un amor que se oculta á sí mismo, bajo el nombre de amistad, lo que la edad del monarca y la reserva de la muger no permiten confesar; sentia aquel un afecto que llamó paternal, y dióle á ella el nombre de hija, no atreviéndose por respeto á sí mismo y á ella á llamarla de otro modo. La familia real, enterada por el feliz negociador, del triunfo de su pensamiento, de las inspiraciones que Mad. de Cayla llevaba á la intimidad de las conferencias, de su ascendiente cada vez mayor sobre el

príncipe y de su deseo de reconciliar al monarca y su familia, veía con placer aquellas entrevistas del rey y de la favorita, ocultas cuanto era posible para el ministro. Mr. de Villele y sus amigos lo sabían todo por Mr. de La Rochefoucauld, y ya se fraguaban sobre aquella amistad los planes del futuro ministerio.

XXVIII.

Complaciase el rey cada vez mas en aquella dulce familiaridad femenina, pues le recordaba á la condesa de Balbi, que habia formado las delicias de su alma en su juventud. Ella le decia tambien que su corazon podia pasarse sin Mr. Decazes, y que en la amistad de una jóven con un hombre de la edad que él tenia, habia tanta decencia y mas dulzura que en el ascendiente de un favorito, y aun empezaba ya á preguntar á los que le rodeaban, como para sondearlos, sobre los dos objetos de su favor, y obtener de ellos la aprobacion de sus nuevos sentimientos.

Una noche mandó llamar á Mr. de La Rochefoucauld y le preguntó lo que pensaba de Mr. Decazes. «Mr. Decazes, le respondió aquel con el instinto de un verdadero cortesano, es el mas seductor de los hombres y el mas sinceramente adicto á la persona del rey.—¡Ah! eso digo yo todos los dias, interrumpió el príncipe, y me alegro de que vos mismo le juzgueis así.—Si señor, replicó Mr. de La Rochefoucauld, Mr. Decazes reúne todas las cualidades de un hombre apreciable y de un ministro útil; pero los realistas esclusivos y envidiosos le han hecho injurias irreparables, le han perseguido con injusticia y encarnizamiento, y con su hostilidad implacable le han arrojado en el campo de los adversarios de la monarquía. No ha tenido el estoicismo de resistir las iniquidades de

un lado y las popularidades interesados del otro, y por haber introducido sin reflexion sesenta y cuatro nombres revolucionarios en la Cámara de los pares, ha roto el resorte principal del gobierno en vez de asegurarlo, y ha arrojado el trono á merced de vuestros enemigos.»

El rey escuchó sin refutar.

«¿Y qué pensais, añadió el rey, de Mad. de Cayla?» El cortesano sincero no tuvo necesidad de recurrir á la adulacion ó á la complacencia para hacer al rey la mas entusiasta apología de la favorita secreta de su corazon. El rey le escuchaba con indecible placer, y á cada pausa que hacia el cortesano, encarecia mas y mas el elogio. La Rochefoucauld comprendió que Mr. Decazes subyugaba todavia, pero que su amiga embriagaba ya el corazon del monarca. Enteró á sus amigos de esta conversacion, y todos comprendieron que el tiempo minaba sordamente al ministro; pero que era preciso esperar para derribarle.

XXIX.

Tales eran la disposicion del rey y los progresos que aquella combinacion habia hecho en su ánimo la víspera de la muerte del duque de Berry. Ya hemos visto que Mr. de Vitrolles, deseoso por su parte de romper toda armonía entre el conde de Artois y su hermano, y hacer triunfar el realismo exaltado con el escándalo y la violencia de aquella escision en la familia real, aconsejaba é instaba vivamente á su príncipe á contraer nuevas nupcias. Pues bien, á la mañana siguiente de la catástrofe fué mas esplicito, pues le habló sin rodeos de la urgente necesidad de que impusiera al rey la separacion inmediata de Mr. Decazes y dijera á su hermano que era preciso elegir entre su familia y su ministro. Fluctuando el

conde de Artois entre su dolor de padre y su terror de príncipe, y acosado por sus ambiciosos consejeros, reunió á su alrededor á los restos de la familia que el puñal le habia dejado, su hijo el duque de Angulema y su nuera, reconvenccion viva de la revolucion. Diezmada así la familia real, pasó á las habitaciones del rey y se hizo anunciar. Ya esperaba Luis XVIII aquellas intimaciones y quejas del dolor, y se sentia muy débil para resistirlas, porque ¿qué habia de decir á un padre, á un hermano, á una hija, á una sobrina que lloraban la pérdida de un hijo, de un hermano, de un primo asesinado la vispera, acusadores mudos del sistema á que atribuian su catástrofe y que iban á presentarse ellos mismos como víctimas marcadas de antemano para otros atentados? Largo tiempo permanecen en silencio y mirándose al través de sus lágrimas el rey, los príncipes y la princesa, sin atreverse á decir lo que declaraban demasiado sus semblantes: el rey conociendo que querian arrancarle su ministro y los príncipes comprendiendo que iban allí á mandar implorando.

La duquesa de Angulema, mas atrevida, porque era muger y porque la intimacion en su boca conservaba la apariencia y lo patético de la súplica, interrumpió al fin el silencio: «Señor, dijo al rey con un acento que parecia encerrar todas las lágrimas y toda la sangre de su familia, marchamos á una nueva revolucion. Conjuradla, puesto que todavía es tiempo. Vuestro trono tiene necesidad de todos sus apoyos. Mr. Decazes ha lastimado demasiado profundamente á los realistas para que pueda conciliarse con ellos; que se retire, y todos se reunirán para auxiliar á vuestro gobierno.»

«Mr. Decazes, respondió el rey á su sobrina con rostro severo, ha defendido mi autoridad contra hombres que pueden haber prestado verdaderos servicios, pero que se someten mal al freno de las leyes y se ligan abiertamente con un partido que quiere violentar mi pruden-

cia para hacerme marchar por un camino que yo repruebo: este era el deber de un ministro leal.»

Levantando despues la voz con un orgullo que se asemejaba á la cólera, añadió: «Mr. Decazes no ha hecho nada que no sea conforme con mis sentimientos, con mis principios y con mi voluntad. Que en la tribuna de las Cámaras se haga distincion entre mi voluntad real y los actos de mis ministros, lo comprendo; pero que aqui, en el seno de mi propia familia, se haga esa pueril distincion, no lo comprenderia sino con la intencion de ofenderme.

«Pues bien, dijo el conde de Artois, que se acordaba de los consejos de Mr de Vitrolles, me es imposible permanecer en las Tullerías, si Mr. Decazes, públicamente acusado de complicidad en la muerte de mi hijo por Mr. Clausel de Coussergues, sigue presentándose como ministro en este palacio.»

Al repetir el príncipe, sin caracterizarla, la odiosa imputacion de los hombres de su partido, la elevaba hasta su corazon é inmortalizaba en el delirio de su dolor una abyecta calumnia. El rey se indignó de oír en boca de su hermano una acusacion, que hiriendo á su ministro, le alcanzaba á él mismo y le hacia responsable de la sangre de su sobrino. «¿Es posible, hermano mio, exclamó, que cuando un ministro fiel y desgraciado es perseguido por una calumnia, cuya estravagancia iguala á su atrocidad, quieres que le castigue, olvidándome completamente de sus servicios y de su lealtad? Los mismos diputados, sus enemigos, han rechazado con horror esa acusacion ¿y he de manifestar que creo en ella, cuando por el contrario repugna á todas las potencias de mi alma?... Te confieso francamente que jamás he conocido alma mas sincera y sensible que la de Mr. Decazes; estoy convencido de que hubiera dado su vida por mi sobrino, como la daria por mí. Respeto el extravío de tu dolor; el mio no es menos cruel; pero á lo menos no me obligará á ser injusto!...»

El conde de Artois, herido como por un rayo con la energía de la mirada y el acento de su hermano, no replicó; pero confiaba en que si la dignidad y la justicia del rey resistían á la intimación y á la amenaza, acaso no resistiría su corazón á la súplica. Dirigióse con su hijo y la duquesa de Angulema hácia el sillón del rey, y los tres, haciendo ademán de arrodillarse delante de su tío y hermano: «Señor, le dijo la hija de Luis XVI, recordando en su actitud y abatimiento á la víctima desalentada, hija y hermana, sobrina y tía de víctimas queridas; la desgracia ha perseguido demasiado á nuestra familia; consuélala por lo menos la unión; no le negueis la gracia que os pide de rodillas.»

«Esa gracia, añadió sollozando el conde de Artois la pido como un sacrificio á los manes de mi desgraciado hijo.»

El rey había pasado de la cólera á la compasión para con su familia. Su espíritu resistía, pero su corazón cedió. «Puesto que lo quereis, dijo tristemente, sereis satisfechos.» Los príncipes se retiraron, y la noticia del triunfo de la escena que les habían aconsejado regocijó la ambición y el odio de sus servidores. El rey mandó llamar á Mr. Decazes, tuvo una entrevista tiernísima con él, hablaron largo rato, y rehusó con generosa obstinación la renuncia que aquel ministro le suplicaba aceptar, para simplificar la situación y ofrecerse en sacrificio á la concordia de la familia. «Ay, hijo mío, exclamaba el rey vencido mas por el decoro que por la convicción en la lucha que había tenido con su hermano, no es á tí, sino á mí á quien quieren mal y aborrecen.» Mr. Decazes no trató como tantos ministros separados en diferentes reinados, de agravar los embarazos de la corona empujando á su rey al exceso contrario, á fin de hacerse el indispensable haciendo el reinado difícil ó imposible después de él. Aconsejó al rey que volviese á llamar al duque de Richelieu, hombre intachable para los realistas y aceptable

para los liberales monárquicos, y él mismo tomó á su cargo el convencer á su sucesor. Mas amigo que ministro desgraciado en aquella ocasión, el favorito se mostró superior á las debilidades del resentimiento, puesto que cayendo justificó al rey que le había elevado. El duque de Richelieu, convencido por experiencia de la dificultad de complacer á una familia dividida en el palacio, é instruido por la *nota secreta* de las emboscadas armadas en la intimidad del conde de Artois, no quiso aceptar el ministerio, sino después de haber conferenciado con el príncipe. Este le dió su *palabra de caballero* de sostener al ministerio con todas las fuerzas de opinión de que disponía en el palacio, en los periódicos realistas y en las Cámaras. El duque de Richelieu creyó haber de este modo comprometido al príncipe; pero no tardó en conocer que no había comprometido al partido.

El 21 de febrero se formó el ministerio. El duque de Richelieu presidió el consejo de los ministros sin cartera, siendo destinado á lo interior Mr. de Serre, ausente á la sazón, nombrándose en su lugar provisionalmente á un anciano consumado en los negocios y en las asambleas, como lo era Mr. Simeon, cuyos antecedentes daban garantías al liberalismo y cuya lealtad daba seguridad á los realistas. Quiriendo el conde de Artois tener una mano en el ministerio, introdujo en él á Mr. Capelle, que en tiempo del imperio había sido prefecto de Florencia, y que según decían ocupaba un lugar preferente en el corazón de la gran duquesa de Toscana, Elisa, hermana de Napoleón. Después de 1814 había caído en desgracia por haberse plegado demasiado pronto á las fuerzas de los aliados; durante los Cien Días siguió al conde de Artois á Gante, habiendo sido de mucha utilidad á este príncipe por su experiencia administrativa y por el celo con que siempre había servido su causa. Mr. Mounier, á quien el duque de Richelieu ofreció un ministerio, lo rehusó con esa modestia que daba realce á sus

talentos, y queriendo mejor servir que prosperar, se contento con la direccion general de policia, tranquilizando á los partidos con su vigilancia y moderacion. Mr. Portalis, cuyo nombre se encuentra en toda clase de sistemas como uno de esos servidores del Estado que tienen mas apego á los destinos que á los principios de gobierno y que hacen de los puestos elevados una especie de patrimonio para sí, reemplazó á Mr. Simeon en la subdireccion de Justicia. Mr. Pasquier conservó el ministerio de Negocios extranjeros, pasando de un ministerio á otro con la flexibilidad de carácter y de celo que le hacia aceptable á todos. Mr. Portal siguió en el departamento de Marina, Mr. Roy en el de Hacienda, y Mr. de Latour-Maubourg en el de la Guerra. Con muy pocas escepciones era aquel el ministerio de Mr. Decazes, menos el mismo Decazes. Su espíritu sobrevivía á su caída; el rey no habia sacrificado mas que su nombre.

Despues de este sacrificio Luis XVIII prodigó á su ministro mil testimonios de afecto que probaban la intencion de continuar dispensando al favorito su confianza personal que la necesidad política arrancaba á su corazon. Dióle el título de duque, nombróle embajador en Londres con un sueldo que ponía la fortuna de su ministro al nivel de las de la aristocracia británica, añadiendo á todo muchos y grandes regalos y lágrimas mas honrosas que aquellos para el ministro. Mr. Decazes partió para Inglaterra llevando la ternura de su soberano, el odio de los realistas, la ingratitude de los liberales, el sentimiento de los doctrinarios ambiciosos y alucinados que habian caído con él; pero que en su alejamiento veían un eclipse pasajero de favor y prendas seguras de un ascendiente secreto y de una nueva fortuna.

XXX.
Asi desapareció para no volver mas ese ministro joven, improvisacion de las circunstancias, del favor de un rey y de la lucha inesperta de los partidos, pues la perplegidad y la irresolucion de una restauracion olvidada en un prolongado destierro, al volver á poner á tientas el pie sobre un terreno político que todavía no habia sondeado, daba en los primeros momentos ancho campo al favoritismo. No se gobernaba ya por la autoridad absoluta, ni tampoco por la de las Cámaras; el gobierno no era mas que una alternativa de golpes de estado, tan pronto en favor como en contra de la Carta, que daba por mano del rey la victoria alternativamente á los dos partidos que la monarquía trataba de equilibrar. Monsieur Decazes, que se habia dado á conocer por la casualidad y distinguido por su celo, conquistó su fortuna política por su valor, la confirmó con el favor, la mereció por sus miras prudentes, la menoscabó por las condescendencias escesivas, algunas deplorables, que guardó con el partido de la corte primero, y despues con el de la oposicion, y finalmente la perdió por una catástrofe de que estaba inocente, de la que la malignidad de los tiempos quiso hacerle cómplice y de la cual sin embargo no fué mas que víctima. Su fidelidad á su soberano y bienhechor fué completa, su conducta versátil y su sistema, que no era mas que el sistema del rey, el de un hombre de estado. Consistía en interponer enérgicamente la monarquía moderadora de las ideas nuevas entre los realistas ávidos de reaccion y los liberales impacientes de libertad, y fuerza es convenir en que no habia otro mas practicable para que la monarquía aceptara al pais y éste á la monarquía. Tal habia sido el pensamiento del rey, madurado por la reflexion en la soledad, y para ejecutarlo solo necesitaba de un hombre nuevo, joven y sin mas refugio que su favor personal, á

fin de que ese hombre, independiente del partido revolucionario y del realista, no tuviera significacion mas que en sí mismo, ni otro porvenir que la Carta. Como hemos visto, el rey halló ese hombre en Mr. Decazes, á quien llegó á querer con una constancia en la que por lo menos entraba tanta política como amistad. Así es que Mr. Decazes no había sido solamente el favorito de un rey sino tambien el favorito de su sistema, y al caer arrastró consigo este sistema. Cuando los realistas llegaron al poder se vieron obligados á levantar este mismo sistema caído y practicarlo como él lo había practicado. Mr. de Villele fué el Decazes de la mayoría realista, como Mr. Decazes había sido el Villele del rey. Hé aquí por qué su nombre descollará en la historia sobre los nombres de los favoritos vulgares que no representan mas que el capricho de los reyes. Mr. Decazes representa una idea justa: la concordia de la revolucion y de la monarquía. El fué el hombre de estado, de la paz, de la imparcialidad y de la Carta, y si no tuvo fuerza para separar á los partidos empeñados en destruirse, tuvo la gloria de caer entre ellos con la única verdad que podia perpetuar el trono de su soberano.

Su falta principal no estuvo en su caída, sino en volver á aparecer en la escena despues de haberla dejado honrosamente. El retiro era su asilo, la inacción su dignidad y la perspectiva su grandeza. El que ha estado tan cerca del corazón de un rey y personificado con él una de esas épocas que son las fechas de la vida de un pueblo, necesita desaparecer con el príncipe ó con el acontecimiento en el que se ha encarnado su nombre. El de Mr. Decazes debia desaparecer con Luis XVIII. La historia vuelve á encontrar estos nombres en la oscuridad, no entre la muchedumbre. Caído de su elevación, el hombre de estado no vuelve á levantarse sino despues que el tiempo ha pasado sobre él: el aislamiento es la magestad de la desgracia.

LIBRO TREINTA Y OCHO.

Se abren los debates sobre la ley electoral.—Mr. Royer-Collard, sus antecedentes y su carácter.—Discursos de los señores Lainé, Camillo Jordan y Foy.—Votacion del proyecto de ley.—Juicio y ejecucion de Louvel.—Crece la animosidad contra los Borbones; sociedades secretas, bonapartistas y contra-revolucionarias.—Mr. Madier—Montjan denuncia á las Cámaras las conspiraciones realistas del Mediodía.—Nacimiento del duque de Burdeos.—Se despierta el espíritu de independencia en Europa; error de los que atribuyen á Napoleon la gloria de este acontecimiento.—Sus verdaderas causas: ideas de nacionalidad sembradas por los reyes europeos para resistir á la absorcion napoleónica.—Revolucion de España.—Ojeada retrospectiva: decadencia de aquella monarquía: intrigas de palacio, terrorismo teocrático.—El príncipe de la Paz.—Carlos IV, su abdicacion, su cautiverio.—Heroismo de España; las Cortes, la Constitucion de 1812.—Vuelta de Fernando VII: reaccion: O'Donnell.—Explosion revolucionaria: Riego, Mina.—Italia: estado de aquel país en 1820: opiniones erróneas acerca de él.—Carbonarismo.—Movimiento de Nápoles: Guglielmo, Pepe.—Papel equívoco de la corte.—Intervencion de las cortes del Norte: congreso de Troppau, de Laybach: fin de la revolucion de Nápoles.—Movimiento del Piamonte.—Carbonarismo en Francia.—Napoleon en Santa Elena: su cautiverio.—El *Memorial*: justificacion torpe de su memoria.—Hudson-Lowe.—Enfermedad de Napoleon: su muerte: conclusion sobre su reinado.

I.

La emocion grave y prolongada de la muerte del duque de Berry, la expectativa del fruto póstumo que la duquesa llevaba en su seno, la caída del favorito, la sa-